



# Sagrado/Profano

## Nuevos desafíos al proyecto de la modernidad

Edición a cargo de  
**Josetxo Beriain**  
**Ignacio Sánchez de la Yncera (eds.)**

**CIS**

Centro de Investigaciones Sociológicas

# **Sagrado/Profano**

## **Nuevos desafíos al proyecto de la modernidad**

Edición a cargo de

**Josetxo Beriain**

**Ignacio Sánchez de la Yncera**

**CIS**

---

Centro de Investigaciones Sociológicas

Consejo Editorial de la colección Monografías y colección Academia

DIRECTORA

Belén Barreiro Pérez-Pardo, *Presidenta del CIS*

CONSEJEROS

Eva Anduiza Perea, *Universidad Autónoma de Barcelona*

Emilio J. Castilla, *Massachusetts Institute of Technology*

Andrés de Francisco Díaz, *Universidad Complutense de Madrid*

Joan M. Esteban Marquillas, *Instituto de Análisis Económico-CSIC*

José María García Blanco, *Universidad de Oviedo*

Roberto Garvía Soto, *Georgetown University*

M<sup>a</sup> José González López, *Universidad Pompeu Fabra. Barcelona*

Francisco Herreros Vázquez, *Centro de Ciencias Humanas y Sociales-CSIC*

Iván Llamazares Valduviego, *Universidad de Salamanca*

José Ramón Montero Gibert, *Universidad Autónoma de Madrid*

Laura Morales Díez de Ulzurrun, *University of Manchester*

Ludolfo Paramio Rodrigo, *Centro de Ciencias Humanas y Sociales-CSIC*

Leire Salazar Vález, *Universidad Nacional de Educación a Distancia*

Rickard Sandell, *Instituto Madrileño de Estudios Avanzados*

Sebastián Sarasa Urdiola, *Universidad Pompeu Fabra. Barcelona*

Joan Subirats Humet, *Universidad Autónoma de Barcelona*

Manuel Villoria Mendieta, *Universidad Rey Juan Carlos*

SECRETARIA

Paloma Aguilar Fernández, *Directora del Departamento de Publicaciones y Fomento de la Investigación. CIS*

Las normas editoriales y las instrucciones para los autores pueden consultarse en:  
[www.cis.es/publicaciones/AC/](http://www.cis.es/publicaciones/AC/)

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento (ya sea gráfico, electrónico, óptico, químico, mecánico, fotocopia, etc.) y el almacenamiento o transmisión de sus contenidos en soportes magnéticos, sonoros, visuales o de cualquier otro tipo sin permiso expreso del editor.

Colección ACADEMIA

Primera edición, junio de 2010

© CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS

Montalbán, 8. 28014 Madrid

[www.cis.es](http://www.cis.es)

© Los autores

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

Impreso y hecho en España

*Printed and made in Spain*

NIPO: 004-10-005-0

ISBN: 978-84-7476-485-7

Depósito legal: M. 8.527-2010

Fotocomposición e impresión: EFCA, S.A.

Parque Industrial «Las Monjas». 28850 Torrejón de Ardoz (Madrid)



El papel utilizado para la impresión de este libro es 100% reciclado y totalmente libre de cloro.

# Índice

INTRODUCCIÓN: LAS DERIVAS POLIMORFAS DE LA POST-SECULARIDAD. Josetxo Beriain e Ignacio Sánchez de la Yncera .....	7
I. ¿QUÉ CAMBIOS VIVIMOS?	
WALTER BENJAMIN: ÁNGEL DE LA VICTORIA Y ÁNGEL DE LA HISTORIA. José M. González García.....	41
RESPONSABILIDAD SOCIAL Y REGULACIÓN ESTATAL EN EL MARCO DEL TRANSNACIONALISMO Y LA PLURALIZACIÓN NORMATIVA. Margarita Barañano Cid .....	65
DIFERENCIACIÓN Y DES-DIFERENCIACIÓN: DIFICULTADES NORMATIVAS Y CONCEPTUALES PARA LA TEORÍA DEL CAMBIO SOCIAL. José María Pérez-Agote Aguirre ...	97
¿TIEMPO GANADO O TIEMPO PERDIDO?: EL CAMBIO EN LAS ESTRUCTURAS TEMPORALES DE LA MODERNIDAD. Josetxo Beriain.....	113
II. ¿QUIÉNES SOMOS? LA CUESTIÓN DE LAS IDENTIDADES SOCIALES	
LA RELIGIÓN DEL CONSUMO: IDENTIDAD Y DIVERSIDAD EN LA SOCIEDAD GLOBAL. Luis Enrique Alonso .....	141
LO SOCIAL TRAS LA DISOLUCIÓN DE LO SOCIAL: METARRELATOS DE ALCANCE MEDIO Y MICRO-METARRELATOS. Alberto J. Ribes Leiva .....	167
III. ¿SOCIEDADES SEGURAS O SOCIEDADES LIBRES? LAS TENSIONES ENTRE SEGURIDAD, LIBERTAD, IGUALDAD Y SOLIDARIDAD	
NOTICIA DEL DESBORDAMIENTO ALTO-INDUSTRIAL DE LOS LÍMITES ECOLÓGICOS GLOBALES. Juan Manuel Iranzo .....	195
CABALLEROS BAJO EL ESTANDARTE DEL PROFETA. José María García Blanco .....	213
LA PERSPECTIVA SOCIAL DEL MIEDO. CONDICIONES QUE LO ORIGINAN Y ADAPTACIÓN CREATIVA DEL INDIVIDUO. Ana Aliende Urtasun .....	245
EL MIEDO NUCLEAR. AMENAZAS Y DESVELOS EN UN MUNDO GLOBALMENTE ATEMORIZADO. Marta Rodríguez Fouz .....	271

IV. SECULARIZACIÓN Y POSTSECULARIZACIÓN: EL RETORNO DE LA TRADICIÓN Y LOS NUEVOS ROSTROS DE LA MODERNIDAD

LOS LÍMITES DE LA SECULARIZACIÓN: HACIA UNA VERSIÓN ANALÍTICA DE LA TEORÍA. Alfonso Pérez-Agote .....	297
EL DEBATE AGNÓSTICO SOBRE LO SAGRADO, DE LA CIENCIA SOCIAL A LA CULTURA DEMOCRÁTICA. José Enrique Rodríguez Ibáñez .....	323
ASCESIS PURITANA Y CAPITALISMO ASCÉTICO. LA HETERONOMÍA ENTRE LOS PRINCIPIOS Y LAS CONSECUENCIAS DE LA ACCIÓN EN LA SOCIOLOGÍA HISTÓRICA DE MAX WEBER. Javier Rodríguez Martínez .....	333
LAS FORMAS DE SACRALIZACIÓN DEL NACIONALISMO: UN DESAFÍO A LA SECULARIZACIÓN. Jose Santiago .....	349
LA ESTÉTICA PSICODÉLICA Y EL ESPÍRITU DEL COSMOPOLITISMO. MÚSICA, GLOBALIZACIÓN Y HUMANITARISMO DÉBIL. Javier Noya .....	367
COROLARIO. DE LA DEPURACIÓN CONCEPTUAL Y LAS DISTINCIONES ANALÍTICAS ANTE EL DESAFÍO DE LA CAMBIANTE INTIMIDAD DE LO SOCIAL. Ignacio Sánchez de la Yncera .....	391
AUTORES .....	403

# La perspectiva social del miedo. Condiciones que lo originan y adaptación creativa del individuo

Ana Aliende Urtasun  
Departamento de Sociología, Universidad Pública de Navarra

*El que provoca miedo, corrompe,  
y debe ser tratado como un corruptor.  
Corrompe las relaciones, los sentimientos,  
las situaciones, la integridad, el Yo.*

JOSÉ ANTONIO MARINA, *Anatomía del miedo*

*La palabra «miedo» está cargada de tanta vergüenza que la ocultamos. Sepultamos en lo más profundo de nosotros el miedo que se nos agarra a las entrañas.*

J. DELEMEAU, *El miedo en Occidente*

## INTRODUCCIÓN

Este trabajo es un acercamiento al estudio del miedo con el fin de comprender su importancia en la vida social, prestando una atención especial a los modos en que esta emoción activa recursos y construye razones para interpretar la realidad influyendo en el comportamiento de los sujetos. Es un escrito sobre las emociones pero con una aproximación —quizás— diferente pues se trata de abordar su significación, su papel en las relaciones sociales, a partir de una información basada en entrevistas y relatos de vida. En ellos se presta una atención especial al modo en que el miedo activa recursos culturales para interpretar la realidad y se convierte en conciencia, orientando el comportamiento del individuo. Desde una perspectiva social el estudio del miedo remite a las condiciones en las que se origina y a la adaptación creativa del individuo a esas circunstancias. Los procesos de individualización que definen una parte importante de los cambios en el mundo contemporáneo abrigan una noción de «hacerse individuo» caracterizada por la indeterminación, la precariedad y el riesgo. En esta situación la emoción del miedo —una de las más importantes en la percepción del mundo— adquiere amplios contornos. La importancia de la emoción del miedo en la interpretación de la realidad es posible objetivarla a través de la variedad de inseguridades que el sujeto experimenta y despliega en su existencia. La emoción del miedo cuando se combina con los recuerdos, la imaginación y el razonamiento guía al sujeto hacia la precaución y también hacia posibilidades de creación de nuevas respuestas, de nuevas experiencias, de nuevos comportamientos.

A través del miedo, inseparable de la vida social, los individuos controlan los límites de sus posibilidades valorando aquellas cuestiones que pueden hacerles daño. El miedo ayuda a adquirir la experiencia del mundo, pero también puede llegar a condicionar la vida convirtiendo a los individuos en esclavos, susceptibles de fácil dominación política y social. El individuo de hoy convive con múltiples miedos. Para liberarse de ellos, para que el miedo se convierta en productivo, es preciso que se den las condiciones sociales adecuadas para que la experiencia del miedo contribuya a construir un futuro que, como recogen Adorno y Horkheimer, forma parte del proyecto ilustrado. «La ilustración, en el más amplio sentido de pensamiento en continuo progreso, ha perseguido desde siempre el objetivo de liberar a los hombres del miedo y constituirlos en señores» (Horkheimer y Adorno, 1994:54).

Soy consciente de que el tema es amplio y complejo. La emoción del miedo es una de las emociones primarias<sup>1</sup> que, expresada e interpretada desde distintos ángulos, ha conformado a lo largo de generaciones hábitos de conducta ancestrales. En este sentido, podemos afirmar que este trabajo posee un objetivo aproximativo, con una ilustración concreta, pensada para añadir datos cualitativos, específicamente relacionados con las interpretaciones de la situación que el actor maneja en su ámbito de relaciones, preguntándonos por los lugares donde los individuos anclan sus marcos de referencia, sus procesos de identidad y de realización personal. En definitiva, los ámbitos más relevantes desde los que construyen sus trayectorias vitales y generan contornos de certeza, sosiego, seguridad, significado y sentido en un momento que caracterizamos con la expresión «clima de miedo».

Previamente es preciso situar el miedo como experiencia personal en la organización de la vida colectiva, en el repertorio de convenciones sociales que la organizan y en la preeminencia de unos sobre otros. Es decir, destacar la importancia que el miedo posee como instrumento de dominación social dado que la confianza, la seguridad se encuentran en la base de la afectividad y la moral.

La perspectiva que he utilizado para situar el miedo parte de las relaciones biológicas, cognitivas y conductuales<sup>2</sup> existentes entre racionalidad y emoción<sup>3</sup>. Las emociones —sentimientos, afectos y sensaciones— nutren todos los aspectos de la experiencia y todas las relaciones sociales. A través de las emociones se crean las razones. Simultáneamente, la razón guía las emocio-

---

<sup>1</sup> Existe consenso acerca de la lista de emociones primarias. No es una lista muy amplia. Junto a la emoción del miedo se encuentran dos emociones negativas, la ira y la tristeza. Y una positiva, la alegría (Kemper, 1990). Véase, también, Lewis y Haviland-Jones (1993).

<sup>2</sup> Es preciso destacar el alcance de las investigaciones científicas contemporáneas con relación a la importancia de los códigos emocionales. A través de las emociones se nutre el flujo de la información constante entre el medio, el cuerpo, el cerebro, la mente y la acción. Las emociones están íntimamente conectadas con el cuerpo. Ahí radica una parte de la complejidad existente para su comprensión dado que, por un parte, son los procesos de socialización lo que condicionan el fluir de las emociones pero, al mismo tiempo, operan a través de procesos biológicos (Turner y Stets, 2005:3).

<sup>3</sup> En el sentido apuntado por Hochschild cuando, destacando la importancia que desde mediados de los años ochenta posee el espacio emocional en la sociología, coloca el debate teórico y metodológico que suscita las relaciones entre razón y emoción en el centro de la discusión sociológica (Hochschild, 1998:3-15).

nes a otro nivel. Las emociones se pueden conectar, anular, reforzar y atenuar con objetivos concretos (Damasio, 1996:3-15). Por ello, es preciso detallar sus elementos fundamentales, éstos son: i) las respuestas neurofisiológicas que producen los centros emocionales del cerebro; ii) el aspecto cognitivo, es decir, el modo en que hacemos consciente el sentimiento y le damos nombre; y, finalmente, iii) el comportamiento. En este sentido, es fácil coincidir con Damasio en que «el aparato de las emociones evalúa de forma natural, y el aparato de la mente consciente coevalúa racionalmente» (2005:57).

Asumo como punto de partida la conexión entre emociones, racionalización y acción, su relación con los procesos de individualización. Los procesos de construcción del «yo» más personal se hacen inteligibles en el contexto específico de relaciones, algunas muy localizadas, otras a gran escala y algunas o todas mediadas sociotécnicamente. Estas relaciones «se encuentran “mediatizadas” por los (actualmente interactivos) medios de comunicación, de masas o no» (Lash, 2003:9-18). El individuo incorpora múltiples esquemas de acción que activa en los distintos ámbitos en los que se mueve<sup>4</sup>. La individualización «carga sobre los actores la responsabilidad de la tarea y las consecuencias (y efectos secundarios) de su actuación» (Bauman, 2003:19). El individuo deviene en lo que es en un mundo de velocidad y rápida toma de decisiones. Sin apenas tiempo ni lugar para reflexionar actúa dado que «los hombres son actores antes que pensadores» (Finkelkraut, 2006) y a través de sus acciones se mantienen vivos reproduciendo o cambiando un mundo que, al mismo tiempo, los transforma a ellos mismos. Además, es preciso destacar, «para que las emociones tengan lugar no hay *necesidad* de analizar conscientemente el objeto causativo y mucho menos evaluar la situación en la que aparece» (Damasio, 2005:57).

Por todo ello, el objetivo del trabajo es el estudio del miedo, prestando una atención especial a los modos en que esta emoción activa recursos y construye razones para interpretar la realidad influyendo en el comportamiento de los sujetos. Este objetivo general se concreta en los siguientes objetivos específicos: i) definir los actores y las instancias que intervienen en la comprensión de sí mismo y del entorno; ii) detallar cómo el individuo interpreta su situación, cómo y cuándo conceptualiza su miedo, el grado de explicitación que posee y las razones o sentidos que le atribuye; y, finalmente, iii) concretar las consecuencias que tiene la emoción del miedo en la orientación de sus acciones y relaciones.

Para lograr estos objetivos, parto de la hipótesis de que la emoción del miedo se desarrolla en torno a la percepción de la realidad que el sujeto experimenta —con un cierto grado de consciencia— buscando *fuera* o *dentro* de sí mismo las claves de su comprensión. Ello denota el grado de individualización<sup>5</sup> alcanzado en su vida y el potencial para proyectarse a los cambios. Compartimos con Delemeau la inquietud por comprender los miedos colectivos desde el análisis

---

<sup>4</sup> Seguimos a Lahire (2004) en su consideración del «actor plural» que vive una heterogeneidad y pluralidad de experiencias.

<sup>5</sup> La individualización entendida como «el tipo occidental de sociedad individualizada que nos habla de la necesidad de buscar soluciones biográficas a contradicciones sistémicas» (Beck y Beck-Gernsheim, 2003:31).



de casos individuales donde se obtiene información útil para el análisis de los movimientos colectivos y «a nosotros corresponde, mediante una especie de análisis espectral, individualizar los miedos particulares que entonces se sumaron para crear un clima de miedo» (1989:31).

Para ello, es preciso afinar la mirada, detenerse en la dinámica de relaciones que el actor despliega en su vida con el propósito de detectar los entornos significativos en los que se produce la transacción de la realidad en la que el sujeto experimenta sus emociones y sus razones para así comprender la relación que posee consigo mismo, con los demás y con el mundo<sup>6</sup>. Asumo como relevante que en la actualidad existe un miedo generalizado que produce un clima de inseguridad e incertidumbre que adquiere relevancia en la percepción de la realidad que poseen los sujetos y aceptamos al respecto la importancia de los medios de comunicación en la transmisión de miedo<sup>7</sup>. Es esta situación, que Castel denomina «inflación por la preocupación por la seguridad», la que «instala el miedo en el centro de la existencia social»<sup>8</sup>.

Con este punto de partida abordo el trabajo tomando como unidad de observación el marco local. He utilizado las entrevistas y los relatos de vida<sup>9</sup> para construir el objeto de investigación. Sin perder de vista la presentación del trabajo como una publicación científica, mi deseo es que el lector piense en sus miedos como experiencia personal y como la emoción más trascendental y, a la vez, plantear las dificultades que surgen para transformar ese ejercicio en una cuestión empírica, en un experimento que pueda ser controlado y replicado (Bourdieu, 2005:9-22).

## ANTECEDENTES: TEORÍAS Y EXPERIENCIAS PARA EL ESTUDIO DEL MIEDO

*Tengo la intención de partir de la premisa —sobre la que creo es fácil ponerse de acuerdo— de que la humanidad preferiría trabajar para disipar la atmósfera de miedo a vivir dentro de ella, y también doy por sentado que estamos de acuerdo en que, en este momento, verdaderamente nos encontramos envueltos en él.*

W. SOYINKA, *Clima de miedo*

<sup>6</sup> Coincido en este sentido con E. Menéndez cuando escribe que «el actor debe ser analizado a partir de cómo es tratado por los otros actores en diversas situaciones, así como a través de cómo el actor trata a otros en diferentes contextos de relación» (2002:167).

<sup>7</sup> Asumo la investigación realizada al respecto por Gil Calvo cuando plantea frente a cualquier explicación malediciente centrada en los periodistas «otra hipótesis distinta, basada en la posibilidad de que la opinión pública, sea cual sea la intención o el interés de sus agentes —los profesionales protagonistas, los propietarios de los medios, sus patrones financieros o sus padrinos políticos—, tienda por razones estructurales a crear alarma social, por ser ésta, precisamente, su principal función institucional. Y semejante alarma social generada como un clima de opinión ejerce sus efectos no sólo entre el público de a pie sino además sobre otros observadores también —gobernantes, empresarios, asesores, políticos o periodistas» (2003:40).

<sup>8</sup> Castel, además, denuncia esta situación en la que, escribe, «la preocupación por la seguridad es de naturaleza popular, en el sentido fuerte del término». La búsqueda de más protección es la que, paradójicamente, crea la inseguridad (Castel, 2004:114). Véanse también Barber (2004) y Levy (2001).

<sup>9</sup> En el sentido que apunta Bertaux cuando escribe que «el relato de vida es una descripción aproximada de la historia realmente vivida (tanto objetiva como subjetivamente)» (2005:10).

*Entre las amenazas, ya en marcha o previstas, que acechan a todo el globo terráqueo, destacan las del resultado de la actividad del propio Homo Sapiens. Esta actividad, en ámbitos cada vez más extensos, muestra un poder creciente de destrucción. La causa principal es la enorme separación entre las capacidades cognitiva y emotiva del hombre. La primera le ha dado un poder de control casi absoluto del planeta, mientras que la segunda permanece en el mismo nivel que en el hombre prehistórico.*

R. LEVI-MONTALCINI, *Tiempo de cambios*

En las ciencias humanas y sociales contemporáneas las emociones tienen un lugar propio<sup>10</sup>. En las tres últimas décadas la bibliografía especializada insiste en la relevancia que poseen las emociones para hacer inteligibles los procesos sociales (Kemper, 1990). En concreto, con respecto a la emoción del miedo, la aproximación sociológica se ha dirigido a su conceptualización con el objetivo específico de analizar su papel en las relaciones, sus causas y sus consecuencias sociales<sup>11</sup>.

La consideración de las emociones implica —genéricamente— superar la «enorme separación entre las capacidades cognitiva y emotiva del hombre revisando por completo el modo de pensar y actuar, basado en el raciocinio, no en las emociones» (Levi-Montalcini, 2005:109-110). El concepto de emoción subsume los fenómenos recogidos bajo la denominación de afectos, sentimientos y sensaciones y, sociológicamente, implica hacer inteligibles las relaciones existentes entre «el sistema corporal, los procesos cognitivos y las construcciones culturales» (Turner y Stets, 2005:2), contribuyendo así «a dilucidar la red de mecanismos que permite que nuestros pensamientos desencadenen estados emocionales y engendren sentimientos y sensaciones» (Damasio, 2005:13). Vamos a transitar por grandes territorios teóricos que nos van a guiar en la revisión de la literatura que consideramos más interesante para el estudio del miedo —de las experiencias del miedo— tal y como aquí está planteado. La revisión realizada responde a la inquietud teórica generada por la progresiva acumulación de información que, de manera inequívoca, me ha ido conduciendo hacia el debate contemporáneo en torno a los cambios que se están produciendo en los individuos con respecto a los modos de gestionar la realidad, de experimentarla. En coherencia con esta problemática la comprensión de la acción obliga, siguiendo a Lahire, a ubicarse dentro de las tensiones interpretativas existentes entre, i) aquellas teorías que centran su atención en la búsqueda de un principio unificador de las prácticas en lugar de reparar en la multiplicidad de universos sociales que conforman al individuo de hoy; ii) aquellas otras que otorgan especial énfasis al pasado en detrimento del presente en lugar de detenerse en cómo el presente abre el pasado; y, finalmente; iii) las que consideran al actor principalmente como estrategia, con especial atención a los elementos racionales de la acción

<sup>10</sup> Desde 1975 se puede constatar el aumento de publicaciones al respecto. Véase Barbelet (1994). También, Marina (2006).

<sup>11</sup> Las dificultades en la conceptualización de las emociones origina disputas con respecto a lo que propiamente son las emociones y a cómo se generan (Turner y Stets, 2005:284).

en detrimento de otros elementos «no racionales» como parte imprescindible de la comprensión y orientación de la acción (Lahire, 2004:16).

Se inicia la revisión bibliográfica haciendo una breve alusión —como trasfondo— a los «procesos civilizatorios» que Elias ilustra y que nos sirven para tener presente «cómo ha cambiado en un sentido determinado la emotividad del comportamiento y de la experiencia de los seres humanos, la regulación de las emociones individuales por medio de coerciones internas o externas y, con ellas, en cierta medida también la estructura de todas las manifestaciones humanas» (1989:9) desde el punto de vista de la civilización occidental. A continuación me acerco a una parte importante de las propuestas contemporáneas existentes para el estudio de los cambios, destacando las aportaciones de Giddens, Beck y Lash<sup>12</sup>. Concretamente, de la mano de estos autores los cambios sociales y el concepto de individualización asociado a ellos adquiere un importante protagonismo y, sobre todo, diseña un espacio de investigación anclado en la relevancia que poseen el denominado conocimiento experto y la emotividad para el individuo contemporáneo «liberado» de las ataduras de las instituciones de la primera modernidad e inmerso en un contexto de incertidumbre que «se destaca sobre un fondo poblado de miedos» (Ramos, 1999:249), considerando que la «energía emocional del miedo» incorpora al comportamiento un componente mayor de la experiencia del sujeto (Collins, 1990:18).

Además, haremos referencia a los medios de comunicación de masas como agentes centrales de construcción de la opinión pública y principales transmisores de miedo<sup>13</sup>. En este sentido, dado que «acontecimientos de una dimensión hasta ahora inimaginables han hecho que prácticamente todos los rincones del globo sean vulnerables» hablaremos genéricamente de un «clima de miedo» como expresión de «las circunstancias y la dimensión de la actual faz del miedo» (Soyinka, 2007). Para ello, nos apoyaremos en algunas de las consideraciones realizadas al respecto por Bauman y compartidas también por otros autores contemporáneos (Bauman, 2007).

## Procesos amplios

Elias, preocupado por «la comprensión de las transformaciones generales a largo plazo y en una dirección» ilustra con el análisis de los procesos civilizatorios los cambios que se producen en los individuos con respecto a su comportamiento y, específicamente, al paulatino autocontrol en la expresión de las emociones. Elias

---

<sup>12</sup> Las coincidencias entre estos autores conducen a un escenario teórico que nos facilita herramientas para abordar una parte importante de las cuestiones que hoy ocupan un lugar central en las ciencias humanas y sociales. Los elementos que comparten también originan disputas que enriquecen las aportaciones de cada uno de ellos y, a la postre, nos conducen hacia derroteros intelectualmente sugerentes y, sobre todo, susceptibles de aplicación en la investigación empírica (Beck, Giddens y Lash, 1994).

<sup>13</sup> Siguiendo la distinción realizada por Gil Calvo entre lo que acontece, el debate público y el clima de opinión. Junto a la complejidad de la realidad objetiva y a la necesidad de estar informado de ella Gil Calvo distingue entre «el debate público entendido como un proceso deliberado de confrontación continua, donde cada parte va exponiendo intencionadamente sus razones que fluctúan entre el conflicto y la cooperación» y la emergencia «del clima de opinión como un subproducto colectivo involuntario y no intencionado, cuya tendencia es imposible de predecir por anticipado, por lo que siempre está abierto a cualquier contingencia imprevista» (2003:46).

detecta cómo «este proceso de cambio, cada vez más acelerado, de la coacción externa interhumana en una autoacción individual hace que muchos impulsos afectivos no puedan encontrar canal de expresión» (1989:41). En estos procesos civilizatorios descansan, además, las explicaciones acerca de «la cuestión de la sociogénesis de los temores humanos» y se establece una distancia entre los comportamientos y miedos «civilizados» y otros comportamientos y miedos «sin civilizar». «Tenemos la impresión, escribe Eliás, de que, a causa de la civilización, estamos atrapados en una red tupida que los seres humanos menos civilizados no conocen; pero también sabemos que esos seres humanos menos “civilizados”, a su vez, suelen verse acosados por miserias y angustias que a nosotros ya no nos atormentan o, en todo caso, no nos atormentan de igual modo que a ellos» (1989:48 y 52).

Esta propuesta de Eliás nos coloca en Occidente, en las tradiciones que lo conforman y en los contenidos que estas tradiciones poseen<sup>14</sup>. Obviamente, la emoción del miedo posee en épocas y lugares distintos significaciones diferentes. Interesa destacar al respecto la importancia que paulatinamente posee el control personal en las manifestaciones afectivas o, dicho de otro modo, el progresivo alejamiento de las emociones en la vida social. Comportamientos «civilizados» que progresivamente se van adecuando al nuevo contexto, que incluye un aprendizaje acerca de las expresiones emotivas susceptibles de expresar en público y llama la atención sobre el modo en que la cultura y las estructuras sociales influyen en el cerebro reclamando nuestra atención<sup>15</sup> acerca del modo «en que los pensamientos originan emociones, y en que las emociones corporales se transforman en el tipo de pensamiento que denominamos sentimientos o sensaciones» (Damasio, 2005:33).

«Del ascenso del miedo en Occidente en el alba de los tiempos modernos» da cuenta el estudio clásico de Delemeau arraigando esta emoción en la naturaleza humana como «un componente mayor de la experiencia humana» (1989:221). En este marco espacio-temporal (1348-1800) Delemeau analiza el miedo con el propósito «de penetrar en los resortes ocultos de una civilización, de descubrir los comportamientos vívidos pero a veces inconfesados, de captarla en su intimidad y sus pesadillas más allá del discurso que sobre sí misma pronunciaba» (1989:27). El autor destaca también la ambigüedad que esta emoción posee. Por un lado, es una herramienta que protege, «una muralla esencial, una garantía contra los peligros, un reflejo indispensable que permite al organismo escapar provisionalmente a la muerte». Pero, por otro lado, «si sobrepasa una dosis se vuelve patológico y crea bloqueos. Se puede morir de miedo o al menos ser paralizado por él» (Delemeau, 1989:22).

---

<sup>14</sup> La necesidad de comprender las emociones en el contexto sociohistórico es resaltada por la bibliografía especializada. Newton, en su trabajo, «The Sociogenesis of Emotion. A Historical Sociology?», abunda en la necesidad pero llama la atención, específicamente, sobre las ambiciones y limitaciones de Eliás al respecto dado que se trata de una metanarrativa. Aquí el trabajo de Eliás lo tomamos para hacer hincapié en la idea de la importancia de los procesos civilizatorios también en clave de control emocional. Véase también Dreitzel (1991).

<sup>15</sup> La necesidad de que la teoría sociológica incorpore las interconexiones existentes entre los elementos culturales, cognitivos y neurológicos es resaltada por los autores preocupados por la consideración que, en ocasiones, se realiza de la biología como una especie de «caja negra» en la que no se debe entrar (Turner y Stets, 2005:8).

En la época premoderna las dependencias e interdependencias configuran el tejido social. «Cuando dominan los lazos entretejidos alrededor de la familia, del linaje y de proximidad, y cuando el individuo está definido por el lugar que ocupa el orden jerárquico, la seguridad está garantizada en lo esencial por la pertenencia directa a una comunidad y depende de la fuerza de estas inserciones comunitarias. Entonces se puede hablar de *protección de proximidad*» (Castel, 2004:10). Además, como es bien sabido, en esta época en Europa el miedo —en sus distintas representaciones— posee un contenido moral imbuido de un sentimiento profundamente religioso (Lecouteaux, 1999:226).

La esencia moralizante, por ejemplo, del texto fantástico medieval o la naturaleza eminentemente retórica de la figura terrorífica en culturas como la isabelina o la barroca parte del establecimiento de una continuidad entre nuestro mundo cotidiano, de los sentidos y un «más allá» poblado por los espíritus de los difuntos o criaturas infernales. [Un sentimiento que] podía ser trascendido hacia la devoción, la autorreflexión, la moralidad o la terrible conciencia del insignificante papel que el hombre juega en el universo (Cueto, 1999:49-50).

El proyecto de transformación social de la modernidad en Occidente modifica sustancialmente la representación de esta emoción. Desde sus inicios el proyecto de modernidad proporciona una visión de la realidad distinta. En «el siglo XVIII se produce un giro copernicano: los avances científicos, el anticlericalismo, el cuestionamiento de las instituciones religiosas y las actitudes racionalistas» (Lecouteaux, 1999:50). La seguridad y la confianza de las tradiciones, de las costumbres y de las inercias dejan de ser el acomodo incuestionado y regulador de la vida de los individuos. Frente a lo conocido se propician condiciones y expectativas de novedad, de experimentación y de cambios. Estas expectativas provocan emociones y sentimientos positivos que el individuo paulatinamente aprende a experimentar como liberación y a gestionar en la vida social. Asumir el futuro más inmediato forma parte de un proyecto emancipador en el que el sujeto se abre al mundo con el propósito de aprehenderlo.

Las instituciones de la modernidad configuran ese espacio político y social, con un proyecto de organización de la convivencia colectiva. El «Estado moderno, escribe Weber, es una asociación de dominio de tipo institucional, que en el interior de un territorio ha tratado con éxito de monopolizar la coacción física legítima como instrumento de dominio» (1964:1060). La organización y regulación de la vida social tiene dentro de los límites de las sociedades occidentales un espacio de seguridad y control que, como recoge Bauman, muestra «la arrogancia con la que la modernidad prometía que bajo la administración humana el mundo satisfacía mejor las necesidades de los seres humanos» (2007:149). Los riesgos de esta apertura a un mundo diferente —que es preciso inventar—, los temores hacia lo nuevo, quedan progresivamente anclados al amparo de las instituciones. Desde ellas se generan los dos grandes tipos de protecciones. Por un lado, las protecciones civiles que garantizan las libertades fundamentales y la seguridad de los bienes y de las personas en el marco de un Estado de derecho [y, junto a ellas] las protecciones sociales que «cubren» contra los principales riesgos capaces de entrañar una degradación de la situación de los individuos, como la enfermedad, el accidente, la vejez empobrecida, dado que las contingencias de

la vida pueden culminar, en última instancia, en la decadencia social (Castel, 2004:11).

El individuo moderno —una especie de creador de sí mismo— desarrolla un espíritu de descubrimiento con nuevos modos de expresión, a través de la ciencia y del arte, para lograr una cierta individualidad a base de cultivar con esmero todo lo que le viene de fuera. Buscar un saber y crear, frente a aceptar la verdad y realidad de algo sin pruebas, se convierte en fundamental. Así, «el individuo moderno está sobrevalorado, y dado que se siente a la vez frágil y vulnerable, exige del Estado que lo proteja» (Castel, 2004:31). Destaca el potencial de la ciencia planteando problemas, trabajando en resolverlos y en llegar a una solución como guía para el comportamiento, para orientar de forma acertada nuestro modo de hacer las cosas. Es fácil en este sentido coincidir con Bauman cuando se refiere «a la promesa característicamente moderna (y el convencimiento generalizado a que ha dado lugar) de que, si se da una continuidad de descubrimientos científicos y de inventos tecnológicos, y si se cuenta con las habilidades y esfuerzos apropiados, será posible alcanzar la seguridad “plena”, es decir, una vida completamente liberada del miedo» (2007:169). También es posible convenir con Castel cuando escribe que

el hilo conductor es que las sociedades modernas están construidas sobre el terreno fértil de la inseguridad porque son sociedades de individuos que no encuentran, ni en ellos mismos ni en su medio inmediato, la capacidad de asegurar su protección. Si bien es cierto que estas sociedades se han dedicado a la promoción del individuo, promueven también su vulnerabilidad al mismo tiempo que lo valorizan (2004:13).

En este sentido, si la situación contemporánea la contemplamos como escenario de miedos estamos planteando, en primer lugar, la dificultad de las instituciones para otorgar confianza y seguridad. Y, en segundo lugar, relacionado con ello, la importancia de los cambios institucionales con respecto a los individuos. «Los nuestros, escribe Bauman, vuelven a ser tiempos de miedos» dado que «existen motivos más que sobrados para tener miedo y, por tanto, para sumergirnos en los sonidos de una música que esté suficientemente alta como para ahogar el ruido de las murallas que se resquebrajan» (2006:24). En la actualidad va «generalizándose una insidiosa percepción de riesgo, incertidumbre, alarma e inseguridad». En la imagen pública de cuál es el estado del mundo se traslada a la población el lema de «nadie sabe qué va a pasar» (Gil Calvo, 2003:22), haciendo posible poder afirmar que el miedo ocupa hoy un lugar relevante en un «proceso de globalización tecnoeconómica que está moldeando nuestro mundo y está siendo desafiado, y acabará siendo transformado, desde una gran diversidad de fuentes, según culturas, historias y geografías diferentes» (Castells, 1997:25).

Así, la noción del riesgo adquiere en la actualidad contornos amplios para reflexionar sobre el experimento de la modernidad, «una aventura peligrosa, en la que todos nosotros tenemos que participar» (Giddens, 1995:79). La paradoja en los países desarrollados es que nos encontramos en un momento históricamente inigualable respecto a la capacidad de control sobre la naturaleza y, sobre el propio cuerpo y, al mismo tiempo, con un clima de inseguridad creciente fruto, en parte, de nuestro propio conocimiento.

## Condiciones y experiencias

Es fundamental junto al miedo civilizatorio —más fácil quizás de admitir y de asumir como discurso intelectual— colocar el miedo concreto, de agujas en la piel. Éste es más difícil de constatar en las referencias historiográficas. Al valor de enfrentarse al mundo se le dedican muchas páginas. Se cuentan hazañas de héroes y heroínas<sup>16</sup> —éstas en menor número— que no tuvieron miedo y supieron colocarse al frente de acontecimientos importantes. Es fácil imaginar, sin embargo, en el centro del escenario, el miedo de la gente, el miedo al poder de los que no tienen miedo y tienen capacidad de jugar con el miedo de los otros. Son esas instancias desde las que se controla, vigila, prohíbe y coacciona, con unos a un lado y los otros en el otro. Ese poder que no sabemos quién lo tiene exactamente, pero sabemos quién no lo tiene y comprobamos cómo se ejerce (Foucault, 1996:5).

El miedo que experimentan los hombres y las mujeres no es natural, no responde sin más a la especificidad del ser humano sino que es el producto de procesos sociales. Los estudios psicológicos, psiquiátricos e historiográficos ponen de manifiesto el amplio abanico de prácticas en la educación, en la familia, en el trabajo, en la comunidad y en los medios de comunicación que refuerzan la emoción del miedo. Los estudios de identidad también muestran la importancia del miedo en la gestión de los recursos personales y materiales para la comunidad.

De manera genérica es posible afirmar que hacer comprensibles estos procesos sociales implica mostrar, por un lado, los vínculos entre macrovariables y condiciones estructurales de posibilidad y, junto a ello, aportar mecanismos que hagan inteligibles las relaciones entre individuos y estructuras a sabiendas de que «el problema de las relaciones entre estructuras individuales y estructuras sociales comienza a aclararse en la medida en que se investigan ambas como algo mutable, como algo que está en flujo continuo» (Elias, 1989:16).

El fluir de las emociones —concretamente de la emoción del miedo— nutre la explicación sociológica a niveles macro y micro. A nivel macroestructural, remite a las condiciones institucionales en las que el miedo se constituye (Tudor, 2003). Es decir, «el marco global en el que la inseguridad del presente y la incertidumbre sobre el futuro incuban y crean nuestros temores más imponentes en insoportables» de hoy en día (Bauman, 2007:166). «Sea cual sea el lugar en el que aterricen los problemas globales se instalan allí como problemas locales y arraigan con rapidez, se “interiorizan”, y como no vienen precedidos de solución alguna, buscan blancos locales en los que descargan la frustración resultante» (*ibid.*:161). Por otro lado, estos problemas globales no tienen posibilidad de solución local y se enraízan en los sujetos, «influye en y es influido por la penetra-

---

<sup>16</sup> Es bien conocido que el siglo xx es, también, entre otras cosas, el siglo de los conflictos de convivencia entre hombres y mujeres antes, durante y después del matrimonio. Las mujeres se encuentran con «problemas especiales», esto lo corroboran, por ejemplo, los minuciosos estudios realizados por el Programa de Naciones Unidas. Éstos ponen de manifiesto que en todos los lugares del mundo, sin excepciones, existe un trato desigual a la población femenina. Se pone, además, especial énfasis en la correlación existente entre desigualdad de sexos y pobreza. En nuestras sociedades industriales avanzadas, el bienestar general ha posibilitado a las mujeres iniciar un camino de ruptura en esa espiral abriendo posibilidades para superar sus temores, definir sus propias metas y desarrollar sus capacidades.

ción de las instituciones modernas en el tejido de la vida cotidiana. No es sólo la comunidad local, sino también rasgos íntimos de la vida personal y del yo lo que se entretajan con relaciones de extensión espacio-temporal indefinida» (Giddens, 1995:79). El sujeto desarrolla distintas estrategias de negociación en la configuración de sus emociones, dado que «la experiencia emocional en mi cuerpo como sensación subjetiva es parte de una transacción entre unos y otros. Por ello, la emoción está en la relación social» (Barbelet, 1994:3).

Quizás esto es lo más relevante, el significado de las emociones en las relaciones sociales, en las instituciones y en los procesos en un momento en el que la realidad del sujeto «está siempre mediada tecnológicamente hablando, por los vuelos aéreos más baratos, por los teléfonos móviles, por los microprocesadores —presentados con los soportes más variados y “chulos”— y por los protocolos y canales que permiten que se produzca la comunicación a distancia entre los individuos» (Lash, 2003:17).

Caracterizado por la elección «hacerse individuo» es una tarea. Las elecciones individuales están relacionadas con las condiciones, las posibilidades. La prisa de hoy dificulta a los sujetos poseer una distancia reflexiva consigo mismos para construir sus biografías lineales y narrativas. Más bien, al contrario, sus elecciones están tomadas con prisa y está obligado a una búsqueda de normas y de juicio reflexivo. Sin embargo, «el juicio reflexivo no es reflexión porque hoy no existe ningún universal que subsuma lo particular. En el juicio reflexivo, el individuo debe buscar la regla. El juicio reflexivo es siempre una cuestión de incertidumbre, de riesgo, pero también deja la puerta abierta a la innovación» (Lash, 2003:13 y 15).

Cuando existen objetivos políticos para que los ciudadanos y ciudadanas puedan disfrutar de unas condiciones de vida dignas, el desarrollo económico y su correlación con los logros positivos en salud y educación mejoran las expectativas de vida de las personas. Esas condiciones de vida afectan a lo que somos capaces de hacer, a lo que elegimos, a lo que esperamos, a lo que tememos y a lo que amamos.

Es preciso reparar en las causas y consecuencias del largo y fecundo proceso de liberación que la modernización supone para los hombres y para las mujeres haciéndoles a ambos protagonistas de su propia vida y, específicamente, con respecto a las capacidades desarrolladas por ellas para transformar paulatinamente una situación de dominación en una oportunidad para innovar el mundo de relaciones profesionales y afectivas.

Por otra parte, y pese a la «retórica actual de la igualdad de sexos», persisten en nuestras sociedades las desigualdades en el empleo, en el día a día de las relaciones entre sexos en cualquier ámbito social, en el acoso sexual, en la violencia doméstica, etc. Todo ello hace más vulnerable a la mujer y dificulta el desarrollo de estas capacidades a escala pública. Los modelos de éxito profesional todavía están alimentados por «valores masculinos» como la fuerza, la valentía, la seguridad, etc., frente a lo frágil o vulnerable de las emociones y sentimientos asociados en muchas ocasiones a «lo femenino».

La histórica dominación masculina y, por tanto, subordinación femenina, propone pautas de comportamiento, enseña hábitos de conducta, abre venta-



nas, cierra puertas, crea emociones y traza mapas sentimentales. Las razones y las emociones se modelan en la relación y en la convivencia, quizás más difíciles de articular para los hombres en los modelos patriarcales aprendidos.

El cultivo de las facultades cognitivas e imaginativas, la paulatina liberación de temores y las posibilidades gratificantes del amor son parte de los ingredientes de una buena y/o larga vida. Los recursos y las habilidades que las mujeres en muchas ocasiones emplean para los fines de otros —reproductoras, encargadas de cuidados, puntos de descarga sexual— son, al mismo tiempo, capacidades que las mujeres han incorporado para su emancipación de las reglas tradicionales de vida. Las emociones, los sentimientos, se conjugan en sus relaciones sociales con patrones de comportamiento racionales más abiertos, más flexibles.

A partir de estas consideraciones la mirada sociológica se torna más sutil. Las relaciones entre agente y estructura se abordan desde la capacidad que poseen las emociones para desencadenar respuestas y formular preguntas acerca de lo que acontece e influye en el curso de la acción. La centralidad de las emociones —y, en particular, de la emoción del miedo— obliga en primer lugar a formular una pregunta: ¿es el miedo un *problema*?

Si se trata de un *problema*, por definición es posible resolverlo. Pero, además, también es preciso plantear el por qué y para quién es el problema. ¿Es un *problema* únicamente para el individuo?

Pero, todavía hay algo más. Quizás podríamos afirmar —incluso— que es un *problema oculto*. Y si se trata de un *problema oculto*, ¿sigue siendo un problema para el individuo o es también un problema más general? Si es un problema para el individuo, la cuestión radica en comprender el comportamiento que responde al miedo, los daños que percibe el sujeto, su complejidad y su diversidad sabiendo que el origen de este miedo remite a las fuentes de significado colectivas y, específicamente, a aquellas relacionadas con «el control del miedo».

Si, además, se trata de un *problema* más general se hace necesario analizar las raíces del miedo, los marcos sociales en los que se gesta y alimenta dado que, cuando hay miedo, se aspira a que alguien te salve, el poder adquiere otros contornos y varían las relaciones sociales. Cuando hay miedo, además, la libertad corre el riesgo de disolverse, la seguridad se convierte en el objetivo político fundamental. Y, finalmente, cuando en el orden social se generan «daños» importantes para una parte importante de los individuos —que padecen en clave de miedo— es preciso plantearse un análisis moral.

Estas y otras cuestiones forman parte del guión que a lo largo de las entrevistas he desplegado en formatos distintos con un único objetivo, intentar acercarme a la heterogeneidad de las experiencias del miedo.

## EL MIEDO, SUS TIPOS Y RELATOS DE VIDA

—¿Para qué me has llamado?—le preguntó al jeque.

—¡Bendito sea Dios!—contestó el jeque—. Después de lo que le ha contado a Multar Bey simplemente pensé que necesitaría un amigo a quien le apetecería abrirle el corazón y con quien conversar.

—*Muy bien, conversemos. Antes de venir aquí me he tomado tres copas de rakt de puro miedo.*

—*¿Por qué tiene miedo de nosotros? —el jeque abrió enormemente los ojos, aparentando sorprenderse. Era un hombre gordo y agradable y Ka vio que los que le rodeaban sonreían con sinceridad—. ¿Va a decirnos por qué nos tiene miedo?*

—*Se lo diré, pero no quiero que se ofenda.*

—*No me ofenderé. Venga, siéntese a mi lado. Es muy importante para nosotros conocer sus miedos.*

O. PAMUK, *Nieve*

Con objeto de ordenar la información, el apartado se ha articulado en otros dos, en el primero se exponen las tipologías del miedo, clasificación a la que me ha conducido la revisión bibliográfica y las lecturas que he ido realizando. En el segundo, y a modo de ejemplo, se presentan los relatos de vida, historias que me han permitido una constatación más próxima de los distintos miedos, realizar un análisis comparativo de los mismos, de sus similitudes y sus diferencias. He considerado especialmente la cautela que Lahire establece con respecto a los «relatos de vida»: «el problema esencial que plantea el “relato de vida” a los investigadores en ciencias sociales, escribe, es el de la variación de las síntesis totalizadoras según el momento en el itinerario (profesional, familiar, cultural, etc.) en que se las solicita» (2004:5). Por ello, he realizado varias entrevistas para comprobar las diferencias existentes en relación con los momentos en que sitúa el relato de vida.

### **Tipologías del miedo**

El miedo es una experiencia que se manifiesta de modos muy diversos. Se conjuga de manera diferente en cada individuo. Las condiciones sociales actuales en las que hay un «clima de miedo» influyen en la percepción de la realidad. Hay miedos que muchas personas comparten aunque no lo sepan. El miedo se gestiona como una patología individual sin hacer apenas referencia al ámbito social en el que la emoción del miedo se inscribe. La heterogeneidad de mundos sociales en los que el individuo hoy está inmerso dificulta la coherencia de hábitos y de esquemas de comportamiento (Lahire, 2004:31). La emoción del miedo se activa ante una gran variedad de circunstancias que delimitan los canales de expresión del individuo. Por ello, podemos pensar en varios tipos de miedo: i) miedo global; ii) miedo estructural; iii) miedo difuso; y, iv) miedo frío.

El *miedo global* hace referencia a la capacidad que hoy posee la emoción del miedo de «esparcirse y difundirse por todo el espectro de actividades vitales» movilizándolo al sujeto, obligándolo a colocarse al frente de un destino que le exige «devenir en lo que se es» (Bauman, 2003:20). O, dicho de otro modo, se trata de «un ego desnudo, asustado, agresivo, que busca amor y ayuda. En la búsqueda de sí mismo y de sociabilidad afectuosa, se pierde fácilmente en la jungla del yo» (Beck y Beck-Gernsheim, 2003:20). El miedo global nutre al hombre y a la mujer, activa sus recursos y define modos de actuar nuevos. La «energía del miedo» se canaliza y expresa a través de una búsqueda constante. Ellas, buscando la liberación personal también dentro de la familia. Ellos, adaptándose

a la vida familiar con un reparto de roles distintos. La necesidad de experimentación lleva al hombre y a la mujer a tomar iniciativas en el ámbito personal y profesional. La reflexión continua e intensa conduce a estados emotivos más fluidos en los que la inseguridad del futuro adquiere un carácter productivo, de cautela y búsqueda al mismo tiempo.

Se enfatizan los cambios realizando una lectura positiva de los mismos. No sirven los modelos familiares heredados, es preciso inventar otros, rara vez se plantea el pasado como referente de seguridad, ni tampoco como mejor modo de vida. Es recordado y vivido como un lastre a superar. En esa superación aparecen con fuerza sentimientos contradictorios y surge veladamente el miedo... miedo a no saber... a no poder... a no tener con quien compartir sus experiencias. Hay una insistencia en que no hay lugares ni instancias para hablar de lo que «realmente» ocurre sin temor, sin límites. La religión se aparta de la vida cotidiana, de los referentes inmediatos y últimos de la existencia.

El miedo global comparte con el *miedo estructural* elementos importantes relacionados con la capacidad para reflexionar y para sentir el fluir de la vida. Sin embargo, la disposición del sujeto es distinta. El individuo observa el abismo existente entre sus conocimientos, sus emociones y las posibilidades de realización personal en la familia y en el trabajo y surge un miedo estructural que transforma los problemas sociales «en estados anímicos: en sentimientos de culpabilidad, ansiedades, conflictos y neurosis» (Beck y Beck-Gernsheim, 2003:73). Ante la incertidumbre de los cambios prevalece la búsqueda de seguridad en el entorno de relaciones más inmediatas. La familia es el escenario en el que se manifiestan estos problemas y, a la vez, el último refugio para ellos y para ellas.

En el miedo estructural detectamos una gran ambivalencia. El pasado proporciona seguridad. La mirada a su familia, los problemas que detectan, les conmueven, les apenan. No saben conjugar el futuro, no saben construirlo sin referencias a su pasado vivido e idealizado de su infancia y juventud. Les da miedo pensar en la ruptura. Resulta difícil imaginar un futuro distinto, con otros contenidos, con ellos como protagonistas. No han vivido todavía la experiencia del «yo» alejado de su entorno más cercano. No poseen apenas relaciones que les hagan factible imaginar «la normalidad» de lo que les ocurre, aunque a veces se hace mención a ello. Socialmente presentan lo que no es y esto dificulta aún más su situación. Su conformismo religioso tampoco les sirve. Cumplen el ritual pero dicen estar ya alejados de la Iglesia.

La pérdida de puntos de apoyo para vivir cada día desencadena emociones que —difíciles de apuntar al exterior— remiten «hacia dentro, abriéndonos las carnes, cerrándolas siempre de mala manera, coleccionando cicatrices» (Beltrán, 2002:27). Un *miedo difuso* que no encuentra lugar ni posee cauces expresivos para la calma y el abrigo. El entorno más cercano es, al mismo tiempo, un lugar de seguridad y desasosiego. Las dificultades para expresar las emociones, para superar el discurso, se manifiestan en todos los gestos y expresiones. No hay herramientas para que afloren los sentimientos y la incertidumbre ante el futuro se invade de emociones que el individuo guarda para sí, sin el valor de comunicarlas y sin canales de expresión. No saben lo que les pasa e intentan acallar sus pasiones sin demasiado éxito.

El miedo se agazapa y no hay lugar para la reflexión. Hay una confusión enorme entre lo deseado y lo posible. La fuerza de lo heredado les produce rebeldía pero no les ayuda a construir un futuro con un mínimo de estabilidad, diferente al conocido. Los parámetros rígidos de la familia se rompen pero no se ve el modo de iniciar una vida propia. El tiempo va a la contra. Se rodean de personas que siguen una pauta de comportamiento similar en apariencia a la de sus padres: matrimonio, hijos, trabajo... La búsqueda de afecto les desorienta. Sus relaciones de cuadrilla no les sirven. Pierden sus referentes de realidad y se abandonan, se dejan a la deriva. No saben cómo hacer. Paulatinamente, sus múltiples relaciones van perdiendo intensidad y tienen un miedo difuso que no saben atenuar ni conectar con objetivos concretos.

El *miedo* se hace banal, se hace *frío*, cuando se domestica, se encadena y se convierte en el final de la disputa sobre lo habitual y lo seguro. El miedo paraliza las posibilidades emocionales de expresión. Frente a toda posible experiencia que destile miedo, y siendo «incapaces de comprender y explicar las cosas que somos capaces de hacer», el modo de proceder «atribuye objetivos (especialmente los éticamente significativos) a nuestras acciones *ex post facto*» (Bauman, 2007:120). Las experiencias emocionales fuertes se retrotraen al pasado, asociadas a la juventud. El futuro incierto se amarra a base de discursos cerrados que sin apenas fisuras delimitan el marco de lo posible, circunscribiéndolo a lo inmediato y repetido de la cotidianidad. El anclaje familiar establece una pauta de comportamiento férrea. A situaciones de ruptura, les acompaña un discurso y una práctica muy similar a la conocida en su entorno.

El valor del matrimonio y la seguridad del trabajo arman sus relaciones «seguras» con poco espacio para las emociones. Miedo solapado a perder lo que tanto ha costado y puerta cerrada para posibilidades distintas de vida. La dureza y rigidez de los juicios realizados es elocuente. Se aferran a los rituales religiosos. Toman de la religión lo que les interesa y se jactan de ello. No buscan coherencia emocional, «el deseo de prescindir, bajo supuestos racionales, de la emoción es el resultado de un miedo hacia ciertas emociones» (Vallverdú, 2007:15).

### **Relatos de vida**

Los relatos de vida me han servido, en un primer momento, para formular las hipótesis de trabajo y buscar una mayor proximidad a las tipologías genéricas del miedo. A través de entrevistas y grupos de discusión he podido ampliar, matizar y afinar los planteamientos iniciales. Después, en una segunda fase, una vez que la investigación iba avanzando, con ellas he conseguido «construir el objeto de investigación» (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 1989), utilizando buena parte del material recabado como fundamento básico para la construcción de las cuatro tipologías: miedo global, miedo estructural, miedo difuso y miedo frío. En total he realizado cien entrevistas. La mayor parte de ellas fueron grabadas.

En este trabajo me referiré de forma genérica a los relatos de vida seleccionados, tomándolos como relatos tipo y proporcionando las claves de los mismos. Así, cada relato es un ejemplo de cada una de las tipologías del miedo presenta-

das. Éstos —a su vez— son una síntesis de una información muy exhaustiva recogida en varias entrevistas realizadas a ellos, y a otras personas de su entorno y fuera de él. He querido acercarme lo más posible a su vida. La recogida de la información se ha enfocado a ver/mirar en cada uno de los personajes más allá de su discurso, buscando a través de sus actos, de sus gestos, de sus miradas, de sus palabras, de las ideas que subyacen y del estado emocional asociado a ellas.

Dado que las emociones —el miedo— se transmiten de muchos modos es preciso establecer con el entrevistado una especie de onda corta, de confianza mutua para que, sin cortapisas, narre su vida y sus referentes biográficos. Las dificultades para el estudio de las emociones radican en los distintos niveles que éstas poseen. Las emociones se sienten y se expresan. Las emociones varían a lo largo de la vida con la experiencia. Recoger la realidad del individuo, que siente, incluye estar atentos a la amplia tonalidad de sus estados emocionales: alegría, ira, miedo, angustia, tristeza... También a las informaciones aportadas con respecto a sus funciones fisiológicas, su estado físico general y sus dolencias crónicas y esporádicas. Todo ello junto al nivel de expresión que alcanza: sonrisas, miradas... Para ello, es preciso que el entrevistado abandone la estructura narrativa —en concreto la estructura narrativa que el miedo posee— y se deje llevar por los acontecimientos que le vienen a la cabeza y las emociones que le provocan.

He tenido presente las condiciones de existencia de los sujetos. Se trata de individuos que poseen estabilidad profesional, con trayectorias formativas y dedicaciones laborales distintas. He buscado la pluralidad de formas de relación y de convivencia que existen bajo la apariencia «normal». Me he detenido en su «yo más personal», en la narración de su biografía, en cómo dejan entrever sus emociones preguntándome todo el tiempo acerca del contenido de sus miedos. Para ello, me he acercado a los modos en que buscan la estabilidad. También en las renunciaciones que admiten y en las causas de las mismas, y si se trata de renunciaciones que responden a creencias, a la falta de medios o se trata de una «falta de valor». En este sentido he atendido especialmente al modo en que describen «su alrededor» y, específicamente, su capacidad de entender y comprender al prójimo<sup>17</sup>. El detalle de sus actividades diarias, el tiempo que dedican a su formación y, específicamente, la distancia existente entre lo que hacen y aquello que desearían hacer.

Su conocimiento de la realidad social y política es en todos los casos notable. No están en la política profesional —nunca lo han estado— pero siguen a través de los medios de comunicación el acontecer del mundo. Están «al día de lo que ocurre». Comparten una cierta desilusión por el ámbito de lo público-político. Nunca han pertenecido a partido político alguno y dicen haber votado a lo largo de la democracia a varios partidos distintos. Sus relaciones con la religión católica han ido variando con el tiempo. Algunos de ellos han tenido relación estrecha con el Opus Dei.

Son tipos normales. Dos hombres y dos mujeres de edades comprendidas entre los 35 y 50 años. Dos poseen formación universitaria y los otros dos

---

<sup>17</sup> He tomado como referencia para la discusión los elementos que Turner y Stets detallan como relevantes en la discusión sociológica sobre las emociones (2005:9).

bachiller. No han recibido tratamiento psicológico o psiquiátrico. A la vista de todos su vida es absolutamente normal, adaptada a los tiempos actuales. Los acontecimientos que jalonan su trayectoria no poseen especial relevancia. Son personas que viven y desempeñan su trabajo de manera rutinaria. Sus condiciones sociales son algo distintas pero no se trata de situaciones extremas. Hablamos de personas que no tienen como problema inmediato la supervivencia material. Que de alguna manera tienen estabilidad en su trabajo aunque les ha costado llegar a esa situación. No se ha buscado a seres extraordinarios. Al contrario, lo que les pasa a ellos es, en parte, con matices distintos, compartido por muchos otros. Quería poder construir una tipificación del miedo recogiendo comportamientos que ilustraran algunos campos y dimensiones del miedo.

En los cuatro casos nos encontramos con un trasfondo de incertidumbre con respecto a las transformaciones acaecidas en la sociedad española en las últimas décadas y, más específicamente, en los últimos años. Las diferencias entre sus trayectorias y las de sus padres aparecen nítidamente contadas y sentidas. Narran su biografía aludiendo implícita y explícitamente a aspectos que, a su juicio, han cambiado y las consecuencias de ello. Valoran de diferente modo lo ocurrido en base a acontecimientos personales que entienden han modificado de manera relevante sus posibilidades de vida.

Por otra parte, no deseo presentarlos sólo como «relatos descriptivos» de una forma de vida, deseo compararlos, contrastarlos para analizar y buscar analogías y diferencias que me permitan profundizar en la construcción social del miedo. Para ello, he establecido tres ejes fundamentales de trabajo que han ido surgiendo como claves explicativas, recurrentes, que hacen inteligible el origen y desarrollo de la emoción del miedo, éstos son:

- i. *Conocimientos y valoración de la situación y las emociones asociadas a ellos.* He considerado los acontecimientos más importantes de la historia reciente a los que ellos y ellas hacen referencia con respecto a la historia contada por sus padres y a la historia vivida por ellos. Me he detenido en el sentido que otorgan a los acontecimientos, en las emociones asociadas a ellos y en las consecuencias de estos cambios en su percepción de la realidad y, específicamente, en las seguridades e inseguridades que estas transformaciones les generan a nivel personal y con relación a su entorno.
- ii. *Ámbito específico de relaciones sociales.* He otorgado importancia a pluralidad de mundos sociales que poseen, incluidas las relaciones familiares y laborales, al modo de entenderlas y valorarlas. Además me ha interesado reparar en la existencia o no de otro tipo de relaciones haciendo constar específicamente si poseen relevancia las relaciones «virtuales», si mantienen y valoran los medios de comunicación como herramientas para relacionarse. He buscado en todos el grado de confianza que las distintas relaciones les proporcionan para compartir inquietudes, alegrías, problemas, soluciones, etcétera.

- iii. *Informaciones e iniciativas que poseen con respecto a actividades formativas y culturales.* Me he detenido en la relevancia que poseen las informaciones e iniciativas con respecto a acciones formativas y culturales. Su conocimiento y su valoración de actividades relacionadas con hábitos y prácticas culturales, el interés específico por las vanguardias y la relevancia del tiempo de ocio. He recogido con esmero sus hábitos cotidianos, el tiempo que dedican al trabajo, al ocio, al consumo, deteniéndome en sus conocimientos y en sus relaciones con modos experimentales de vida. También su grado de implicación pasada o presente con la Iglesia católica. Finalmente, su estado físico —la percepción que poseen de su cuerpo— y, en su caso, el grado de preocupación que manifiestan por su salud incluyendo la valoración y análisis que realizan de sus dolencias físicas.

En el cuadro 1 se presenta una síntesis comparativa de los cuatro relatos de vida, analizados bajo la luz de los tres ejes de discusión establecidos, los cuatro ejemplos —bien documentados— muestran la complejidad en la experiencia del miedo.

La observación del cuadro 1 permite entrever que la emoción del miedo activa los recursos y construye razones para interpretar la realidad, influyendo en el comportamiento. La carga emocional del miedo media en el modo de percibir el presente, el pasado y el nivel de incertidumbre con respecto al futuro. El grado de seguridad alcanzado amortigua los temores al futuro y reconfigura la búsqueda y el sentido de las relaciones sociales. La emoción del miedo regula la calidad de conciencia y de los actos. La energía del miedo se controla de modo diferente cuando la certeza de lo conocido prevalece, como pauta cognitiva y emotiva, frente a la inquietud de lo nuevo o desconocido. La situación presente influye en el modo de interpretar el pasado activando recursos emocionales y construyendo razones.

Voy a conducir la discusión del cuadro teniendo en cuenta los objetivos propuestos.

- i. *Definir los actores y las instancias que intervienen en la comprensión de sí mismo y del entorno*

La importancia de las relaciones, más allá de la familia y el trabajo y su capacidad de manejarse con los medios de comunicación actualmente disponibles influyen en la realidad vivida y en la realidad percibida. El mundo amplio o limitado, cercano y/o virtual, conforma el entramado vital de construcción de certezas que el individuo puede percibir como posibilidades susceptibles de experimentación.

Es importante reparar al respecto en las dificultades constatadas para construir la coherencia personal. La pertenencia a distintos mundos sociales amplía, por un lado, las posibilidades de hacer y de ser pero, al mismo tiempo, hace patente las dificultades para manejar un elenco de convenciones mínimas que le otorguen confianza y/o seguridad.

En el caso I los hábitos, las rutinas, se realizan pensando en las posibilidades que puede otorgar la experimentación, la búsqueda. La reflexión acompaña al comportamiento, a las relaciones con los demás y con el entorno creando un alto nivel de conciencia práctica. En todas las relaciones —también en las familiares y laborales— busca convenciones mínimas que permitan la convivencia sin estar a la defensiva, intentando activar recursos nuevos, con atención a las expresiones emocionales que le acercan y alejan de los demás, sin miedo a sentir.

Esa búsqueda facilita que los miedos concretos, los miedos más inmediatos se diluyan pero, al mismo tiempo, abre un espacio de indeterminación del yo. El sujeto percibe con gran intensidad y esto le hace fuerte y frágil al mismo tiempo. Él lo sabe y por ello busca nuevas referencias que le ayuden a comprender a los demás y a sí mismo.

En el caso II el sujeto es también consciente de la situación compleja del mundo en el que vive, de sus dificultades para moverse en él y de la necesidad de activar recursos de búsqueda. Lo hace de manera cotidiana, atento al modo de comunicarse con otros, a lo que siente. Pero todo le genera inseguridad, le provoca miedo y desconfianza hacia lo desconocido. Esta sensación de inseguridad le lleva a actuar a la defensiva. Vuelve entonces la mirada a lo que ya tiene, intentando de nuevo que la familia le disuelva sus miedos.

Una parte de las dificultades del sujeto para canalizar sus emociones cuando la reflexión o conciencia se reduce a mínimos podemos detectarla a través de la repetición de hábitos y rutinas que garanticen el orden. La seguridad de lo conocido es en estos casos aún más importante como eje del comportamiento. El temor a lo desconocido cierra las puertas a nuevas instancias de relación y bloquea emocional y racionalmente al sujeto abriendo su pasado únicamente en clave de seguridad.

En el caso III podemos detectar una falta de recursos para manejarse en el entorno. Los hábitos tienden aparentemente a ampliar su mundo de relaciones, a abrirlo. Sin embargo, el individuo no sabe emocionalmente relacionarse con la pluralidad, con la heterogeneidad. Tampoco sabe amarrarse a lo conocido. Las distintas instancias en las que se desenvuelve lo conducen irremediabilmente hacia nuevos derroteros, pero el abismo del futuro le produce tanto miedo que —sin saberlo— le paraliza. Todo aparece confuso y cuando —pocas veces— razona sobre ello le produce también miedo. Un miedo difuso que se puede detectar en todos sus gestos, en su mirada y en la rigidez corporal.

La rigidez corporal también acompaña al miedo frío. Un rosario de enfermedades —pequeñas, sin importancia, dicen— que jalonan una trayectoria larga, de paulatina domesticación del miedo. Lo sentido por intenso es recordado sin emoción alguna. El peso de las razones y la necesidad de verbalizarlas para reafirmarse les hace alimentar su rigidez. Las relaciones tienden a mantener un entorno familiar cerrado, que se defienden frente al «exterior», siempre con más o menos los mismos argumentos y contrapuesto a las relaciones que consideran instrumentales, sobre todo las relacionadas con el trabajo. La seguridad prima y las emociones se diluyen. La religión ocupa un papel que apunta hacia la emoción pero que destaca fundamentalmente la riqueza del ritual.



*ii. Detallar cómo el individuo interpreta su situación, cómo y cuándo conceptualiza su miedo, el grado de explicitación que posee y las razones o sentidos que le atribuye*

El grado de explicitación de la emoción del miedo contribuye a que el sujeto tome conciencia de la situación, de las causas que le originan «el daño potencial» y de las posibilidades que tiene de controlar la situación, constatando la evaluación que hace de la situación y las creencias que posee acerca de su propia capacidad para controlarla.

El conocimiento de lo acontecido en las últimas décadas en España y en la actualidad y, en consecuencia, en Navarra, resulta relevante para la percepción de su situación. Las experiencias sociales y políticas vividas en su juventud se encuentran instaladas en su memoria y cargadas emocionalmente. Recuerdan acontecimientos que alteraron su visión de la vida. Ambientes y sabores compartidos con compañeros de estudios que —como ellos— estaban atentos a lo que ocurría en la calle. El día a día —recuerdan— era emocionante aunque en ocasiones —afirman— daba algo de miedo el futuro inmediato. No sabíamos qué podía ocurrir. Las manifestaciones se evocan con un sentir positivo, como una búsqueda de libertad. Entonces —insisten— la dictadura nos obligaba a vivir en unas condiciones de represión horribles. En Navarra en concreto —apuntan—, el conservadurismo nos ahogaba.

El grado de reflexión que el sujeto desarrolla incorpora elementos significativos en la interpretación del presente, en la proyección del futuro y en la correspondiente relación entre reflexión y hábitos o rutinas. En el caso I la reflexión es continua. Se piensa en el pasado y en el presente, en lo que fue entonces y en lo que es ahora la realidad. Ese pensamiento orienta buena parte de la acción. En el caso II, los procesos reflexivos son intermitentes. Hay momentos en los que se activan recuerdos para pensar pero hay otros en los que huye de la reflexión ante algo que perciben no pueden manejar. La reflexión orienta su comportamiento de manera ambivalente. En ambos casos la carga emocional es importante e influye en el modo de percibir su situación actual, su pasado más inmediato y su grado de incertidumbre en el futuro.

En el caso I, se busca la seguridad —además de en la familia y en el trabajo— en otros ámbitos posibles. No se recurre tanto a lo aprendido. Se entiende que el aprendizaje es siempre capacidad para adaptarse al presente de un modo activo. La «búsqueda del yo», de la coherencia, de la intimidad, reconfigura el sentido de sus relaciones sociales y, específicamente, de las relaciones en el seno de la familia. O, dicho de otro modo, cuando el cambio se instala en el individuo como eje de sus acciones la emoción del miedo se convierte en productiva, apunta hacia la búsqueda constante. El sujeto sabe conceptualizar y dar contenido y sentido a sus miedos.

En el caso II el miedo se controla desde la familia y el trabajo, anclándose en razones, argumentos y creencias. La familia se convierte en un bastión. La emoción del miedo se intenta canalizar a través de las relaciones familiares defendiendo el papel de las instituciones frente a la inquietud de lo que acontece. El

temor al «caos», al desorden, se convierte en el argumento legitimador de situaciones que garanticen la seguridad personal. Ante la complejidad buscan el refugio en lo existente. La imaginación pierde contenidos, se encapsula en lo que hay, en lo actualmente existente.

Cuando los individuos poseen poca información (caso III) o escasa (caso IV) de la situación, unida a la falta de reflexión y a las dificultades para expresar las emociones, el miedo adquiere contornos distintos. La inseguridad se arraiga sin saber detectar las posibles causas que la originan (caso III). Las emociones se disparan, el miedo se difumina y el individuo huye hacia delante en una búsqueda sin reflexión (caso III) o refugiándose en el pasado, buscando las respuestas en lo que «siempre las cosas son», sin que ello suponga apenas carga emocional (caso IV).

*iii. Concretar las consecuencias que tiene la emoción del miedo en la orientación de sus acciones y relaciones*

Las consecuencias que posee la emoción del miedo están estrechamente relacionadas con los distintos universos sociales en los que el actor despliega su existencia. La capacidad desarrollada para incorporar hábitos racionales y emocionales genera dimensiones distintas de incertidumbre y/o miedo. Cuando los esquemas de acción se flexibilizan y, por tanto, poseen mayores posibilidades de adaptación, la emoción del miedo manifiesta contornos globales que, sin embargo, en condiciones adecuadas, permiten al sujeto un mayor control de la situación. Los parámetros de inseguridad que experimenta a diario potencian al individuo, le conducen irremediabilmente hacia la obligatoriedad de la búsqueda constante. La razón se vuelve indeterminada como parte de la propia vida, me refiero al caso I.

Sin embargo, aun cuando el conocimiento de las circunstancias puede ser similar e incluso, en algunos momentos, compartido (casos I y II), la sensación de inseguridad puede provocar que el sujeto actúe reaccionando a la defensiva, adoptando un comportamiento orientando sobre todo a mantener lo existente aunque ello les proporcione importantes dosis de sufrimiento. Las contradicciones entre creencias, emociones y razones se hacen patentes. El sujeto sufre la falta de coherencia, sabe lo que le ocurre y experimenta momentos de gran intensidad emocional. Ante los cambios se censuran intentando reconvertir lo que les ocurre. Las posibilidades de otras relaciones que abran pensamiento y sentir hacia orientaciones distintas en la acción se experimentan con cautela. El sujeto se convierte en un estratega aparentemente más racional y ajustado a la situación. La emoción de miedo se filtra a través de estos referentes.

La emoción del miedo cuando se combina con los recuerdos, la imaginación y el razonamiento guía hacia la precaución y, también, la posibilidad de creación de nuevas respuestas, de nuevas experiencias, de nuevos comportamientos. Es el caso I. Sin embargo, cuando en esta combinación de recuerdos bloquea la imaginación —caso II—, la emoción del miedo intensifica la ambivalencia, paraliza al sujeto y lo amarra a lo conocido en un intento de búsqueda de certezas.

CUADRO 1. Comparativa de los relatos de vida según los procesos de individualización que nos proporcionan los ejes interpretativos

Ejes interpretativos	Relatos de vida			
	Caso I	Caso II	Caso III	Caso IV
Conocimiento y valoración de su situación	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Conocimientos amplios</li> <li>• Reflexión continua</li> <li>• Valoración positiva de los cambios</li> <li>• Importante carga emocional</li> <li>• Continuo intemporal</li> <li>• Futuro incierto</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Conocimientos amplios</li> <li>• Reflexión intermitente</li> <li>• Valoración ambivalente de los cambios</li> <li>• Importante carga emocional</li> <li>• Búsqueda de seguridad en el pasado</li> <li>• Futuro incierto</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Conocimientos bajos</li> <li>• Dificultades en la reflexión</li> <li>• Valoración confusa de los cambios</li> <li>• Dificultades para manifestar emociones</li> <li>• Huida hacia delante</li> <li>• Sin futuro</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Conocimientos medios</li> <li>• Escasa reflexión</li> <li>• Valoración confusa de los cambios</li> <li>• Dificultades para manifestar emociones</li> <li>• Búsquedas selectivas en el pasado</li> <li>• Futuro incierto</li> </ul>
Ámbito de relaciones sociales	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Amplias relaciones</li> <li>• Alto nivel de implicación personal</li> <li>• Buenas relaciones con su familia</li> <li>• Importancia de las relaciones laborales</li> <li>• Uso y conocimiento de los medios de comunicación</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Amplias relaciones</li> <li>• Alto nivel de implicación personal</li> <li>• Importante defensa de la familia</li> <li>• Intensificación de las relaciones laborales como refugio</li> <li>• Uso y conocimiento de los medios de comunicación</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Amplias relaciones</li> <li>• Bajo nivel de implicación personal</li> <li>• Dificultades en las relaciones familiares</li> <li>• Intensificación de las relaciones laborales como refugio</li> <li>• Uso limitado de los medios de comunicación</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Limitadas relaciones</li> <li>• Bajo nivel de implicación personal</li> <li>• Férra defensa de su familia</li> <li>• Relativización de las relaciones laborales</li> <li>• Uso limitado de los medios de comunicación</li> </ul>
Iniciativas en actividades formativas y culturales	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Búsqueda continua de actividades formativas</li> <li>• Participación intensa en actividades culturales</li> <li>• Ruptura con la religión católica</li> <li>• Búsqueda de otras opciones de vida</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Búsqueda tímida de actividades formativas</li> <li>• Participación en actividades culturales</li> <li>• Mantenimiento de ritos religiosos católicos</li> <li>• Curiosidad por otras opciones de vida</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Búsqueda difusa de actividades formativas</li> <li>• Pocas actividades de ocio con distintos círculos de amigos</li> <li>• Alejamiento de la religión</li> <li>• Desinterés por otras opciones de vida</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>• Escasas iniciativas formativas</li> <li>• Pocas actividades de ocio con un círculo de amigos</li> <li>• Mantenimiento de ritos religiosos católicos</li> <li>• Desinterés por otras opciones de vida</li> </ul>
Claves de vida	Emociones y reflexión	Emociones y seguridad	Inseguridad emocional	Muerte emocional

Cuando la emoción del miedo surge como un resultado de la evaluación que el sujeto realiza de su situación, sin que prevalezca el conocimiento consciente de su realidad, las experiencias vitales quedan a merced de procesos cognitivos que no son capaces de desarrollar razonamientos ajustados a su situación que mitiguen las consecuencias de esta emoción. Es el caso III. Sin embargo, cuando los procesos cognitivos que desarrolla el sujeto ahogan las emociones mitigando en el razonamiento su importancia, el sujeto vertebrata en base a ello su realidad inmediata. Es el caso IV.

## CONCLUSIONES

Sentir el miedo produce calidad de conciencia y equilibrio emocional-racional. La emoción del miedo nos hace sentir el cuerpo y sus órganos vitales. El miedo es productivo dado que proporciona límites y, en este sentido, protege. Además, ayuda a administrar la experiencia de la incertidumbre, guía nuestros modos de hacer, de pensar y de sentir. Pero también es paralizante.

Cuando se conocen los miedos de «los otros» se puede jugar con ellos, alimentarlos y, por tanto, hacer del otro un individuo sometido a una espiral indefinida de coerción, placer y verdad. O bien se pueden cambiar las condiciones para que el individuo no tenga temor de salir a campo abierto con las armas no sólo de la razón sino de la imaginación. Hay que saber inventarse que no se es para que así desaparezca el miedo a los cambios y, en definitiva, a la muerte. De lo contrario el miedo impide vivir, limita hasta tal punto lo que somos que se convierte en dueño de nuestras existencias haciéndonos susceptibles de presa fácil.

Hoy vivimos en un escenario de cambios. Los problemas que consideramos viejos —casi inherentes al ser humano— se amalgaman con cuestiones nuevas, fruto de nuestros modos de (des)organizar la vida social. La realidad de los hombres y mujeres en el sentido práctico de la vida cotidiana y en los hábitos de pensamiento, la diversidad de situaciones vividas, las influencias que se combinan de manera particular, sin estar vinculadas necesariamente a un lugar concreto, y, en definitiva, el uso de los recursos sociales de que dispone el individuo para adquirir las certezas existenciales básicas, es el campo social de las emociones y, específicamente, de la emoción del miedo. Las emociones son un producto cultural y se expanden a todos los aspectos de la experiencia y a todas las relaciones sociales. Específicamente, la emoción del miedo es una de las más importantes en la percepción del mundo.

Por último, y a modo de síntesis del trabajo, se puede concluir lo siguiente:

1. La importancia de la emoción del miedo en la interpretación de la realidad es posible constatarla a través de la variedad de inseguridades que el sujeto experimenta y despliega en los distintos ámbitos de su existencia.
2. Las capacidades que desarrolla el individuo para «conocerse» a sí mismo, para comprender su modo de pensar, de sentir y de actuar, están en estrecha relación con su apertura hacia nuevos enclaves.

3. El interés mostrado por otras actividades de formación y ocio —por la búsqueda de nuevas experiencias— matiza y canaliza sus emociones reorientando sus relaciones.
4. La amplitud y variedad de relaciones junto a la capacidad para incorporar el miedo —en el sentido literal del término, hacerlo carne— a su vida hacen de la emoción del miedo algo productivo para la vida del individuo.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barbelet, J. M. (1994): *Emotion, Social Theory, and Social Structure. A Macro-sociological Approach*, Cambridge: University Press.
- Barber, B. R. (2004): *El imperio del miedo. Guerra, terrorismo y democracia*, Barcelona: Paidós.
- Bauman, Z. (2003): «Individualmente pero juntos», en U. Beck y E. Beck-Gernsheim, *La individualización. El individuo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, Barcelona: Paidós: 19-26.
- (2006): *Liquid Fear*, Cambridge: Polity Press.
- (2007) *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*, Barcelona: Paidós.
- Beck, U. y E. Beck-Gernsheim (2003): *La individualización. El individuo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, Barcelona: Paidós.
- , A. Giddens y S. Lash (1994): *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Madrid: Alianza.
- Beltrán, F. (2002): «Amar el miedo», en V. Domínguez (ed.), *Los dominios del miedo*, Madrid: Biblioteca Nueva: 27-42.
- Bertaux, B. (2005): *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*, Barcelona: Bellaterra.
- Bourdieu, P. (2005): «La dominación masculina revisitada», *Archipiélago*, 67: 9-22.
- , J. C. Chamboredon y J. C. Passeron (1989): *El oficio del sociólogo*, Madrid: Siglo XXI.
- Castells, M. (1997): *La era de la información. Sociedad, economía y cultura, vol. I, La sociedad red*, Madrid: Alianza Editorial.
- Castel, R. (2004): *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?*, Buenos Aires: Manantial.
- Collins, R. (1990): «Stratification, Emotional Energy, and the Transient Emotions», en T. D. Kemper (ed.), *Research Agenda in the Sociology of Emotions*, Nueva York: State University of New York Press: 27-57.
- Cueto, R. (1999): «Viaje (de ida y vuelta) al terror: El miedo como objeto de consumo», en V. Domínguez (ed.), *Los dominios del miedo*, Madrid: Biblioteca Nueva: 49-50.
- Damasio, A. R. (1996): *El error de Descartes*, Barcelona: Crítica.
- (2000): *The Feelings of What Happens. Body, Emotion and the Making of Consciousness*, Londres: Vintage.
- (2005): *En busca de Spinoza. Neurología de la emoción y los sentimientos*, Barcelona: Crítica.

- Delemeau, J. (1989): *El miedo en Occidente*, Barcelona: Taurus.
- Dreitzel, H. P. (1991): «Miedo y civilización», *Debats*, 35-36: 5-11.
- Elias, N. (1989): *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México: FCE.
- Finkelkraut, A. (2006): *Nosotros los modernos*, Madrid: Encuentros.
- Foucault, M. (1996): *Un diálogo sobre el poder*, Madrid: Alianza.
- Giddens, A. (1995): *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*, Barcelona: Península.
- Gil Calvo, E. (2003): *El miedo es el mensaje. Riesgo, incertidumbre y medios de comunicación*, Madrid: Alianza.
- Hochschild, A. R. (1998): «The Sociology of Emotion as a Way of Seeing», en G. Bendelow y S. J. William (eds.), *Emotions in Social Life. Critical Themes and Contemporary Issues*, Londres y Nueva York: Routledge.
- Horkheimer, M. y T. W. Adorno (1994): *La dialéctica de la Ilustración*, Madrid: Trotta.
- Kemper, T. D. (ed.) (1990): *Research Agenda in the Sociology of Emotions*, Nueva York: State University of New York Press.
- Lahire, B. (2004): *El hombre plural. Los resortes de la acción*, Barcelona: Bellaterra.
- Lash, S. (2003): «Individualización a la manera no lineal», en U. Beck y E. Beck-Gernsheim, *La individualización. El individuo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, Barcelona: Paidós: 9-18.
- Lecouteaux, C. (1999): *Fantasmas y aparecidos en la Edad Media*, Palma de Mallorca: José J. de Olañeta.
- Levi, J. T. (2001): *El multiculturalismo del miedo*, Barcelona: Tecnos.
- Levi-Montalcini, R. (2005): *Tiempo de cambios. Pensar y vivir a favor de la supervivencia humana*, Barcelona: Península.
- Lewis, M. y J. M. Haviland-Jones (1993): *Handbook of Emotions*, Nueva York y Londres: The Guilford Press.
- Marina, J. M. (2006): *Anatomía del miedo. Un tratado sobre la valentía*, Barcelona: Anagrama.
- Menéndez, E. (2002): *La parte negada de la cultura. Relativismo, diferencias y racismo*, Barcelona: Bellaterra.
- Ramos, R. (1999): «Prometeo y las flores el mal: el problema del riesgo en la sociología contemporánea», en R. Ramos y F. García Selgas (eds.), *Globalización, riesgo y reflexividad. Tres temas de la teoría social contemporánea*, Madrid: CIS: 249-274.
- «Del riesgo a la incertidumbre y el miedo», en [http://www.unavarra.es/pure-soc/pdfs/c\\_salaconfe/ramos2.PDF](http://www.unavarra.es/pure-soc/pdfs/c_salaconfe/ramos2.PDF).
- Soyinka, W. (2007): *Clima de miedo*, Barcelona: Tusquets.
- Tudor, A. (2003): «A (macro) Sociology of Fear?», *The Sociological Review*, 51 (2): 238-256.
- Turner, J. H. y J. E. Stets (2005): *The Sociology of Emotions*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Vallverdú, J. (2007): *Una ética de las emociones*, Barcelona: Anthropos.
- Weber, A. (1964): *Economía y Sociedad*, vol. II, México: FCE.